

# DON MANUEL DE LECUONA SIEMPRE DISPONIBLE

JESUS GUTIERREZ

**M**IS contactos con Don Manuel de Lecuona se iniciaron de la forma más curiosa.

Entonces yo era joven, y a los jóvenes de entonces nos daba (a algunos, al menos) por explorar cuevas, cazar murciélagos para anillar, hacer estudios sobre el *Cura Santa Cruz*, y cosas por el estilo.

Había caído en mis manos una obra sobre el *Cura* recogida por algún obrero de «La Papelera» de entre el papel de desperdicio. Era un libro raro, de bibliófilo, escrito en su día por Juan de Olazábal. En su recogida de datos para el libro, a Olazábal le había acompañado por los caseríos de Oyarzun (todavía vivían los componentes de la famosa «Guardia Negra» del *Cura*) Don Manuel de Lecuona, seminarista a la sazón.

Yo quería escribir algo sobre el *Cura*, ya que de la lectura del libro había quedado impresionado por el personaje. Para ello necesitaba recopilar más datos, localizar bibliografía, recibir orientación.

Pregunté por el domicilio de Don Manuel y me encaminaron a su destierro de Andoain.

Uno, cuando es joven, tiene mucha cara dura, y me presenté, sin más, en su casa.

Me recibió como si yo fuese su más cordial amigo, aunque era la primera vez que nos veíamos.

Se puso a mi entera disposición, me deleitó con su conversación amena (¡qué bien y con qué dulzura hablaba el castellano!) y, como en una sola tarde era imposible agotar el tema, preparó enseguida un plan:

Para evitar mi desplazamiento desde Rentería hasta Andoain, me propuso encontrarnos en la mitad del camino.

Por aquellos tiempos, el maestro Escudero estaba preparando una ópera vasca, (¿Zigor?), a la que Don Manuel tenía que poner la letra. Para ello se desplazaba el Maestro a San Sebastián un día a la semana y se reunía con Don Manuel a cierta hora.

El plan era presentarse Don Manuel en San Sebastián media hora antes, (¿o era una hora?) y dedicarme dicho tiempo.

Nos encontramos un montón de veces en los Jardines del Paseo de los Fueros.

Allí charlábamos del *Cura Santa Cruz* como de un amigo común.

Había cosas que él ya no recordaba y se las contaba yo que las tenía recién leídas. Otras, en cambio, eran inéditas para mí y las anotaba con fruición de coleccionista.

Le preguntaba dudas, le pedía aclaración a muchas cosas.

Por ejemplo, me preocupaba por qué llevaban tan mal puesta la boina los guerrilleros, especialmente los de la «guardia» del *Cura*. Según las fotografías del libro, las llevaban encasquetadas hasta los ojos, lo que les daba un aspecto patibulario.

Don Manuel opinaba que era tan dura la vida que llevaban (continuamente saltando zanjas, huyendo, etc.) que era la única forma de llevarla sin que se les cayese.

Me comentaba cómo utilizaban artimañas de contrabandista (cosa que muchos de ellos eran). Por ejemplo, un contrabandista cuando da una cita a otro en el monte, nunca espera en el sitio convenido. Esperará en un lugar desde el que pueda ver a su compañero sin ser visto por él. De esta forma podrá ver si su compañero es seguido, y desaparecer a tiempo.

Y así pasamos muchas tardes deliciosas.

Una vez estábamos hablando acaloradamente sobre las armas que utilizaban los guerrilleros (el *Cura* nunca llevó armas). Viejos fusiles (recuerdo que unos se llamaban algo así como «Chassepot») de distintas marcas y calibres. Fusiles de saldo para los que era difícil hallar munición apropiada, ya que cada modelo la necesitaba distinta.

También hablamos del cañoncito que habían fundido en Vera, que emplearon en el asalto frustrado al Ayuntamiento de Oyarzun. Lo disparaban desde el patio de la iglesia (donde ahora están los evacuatorios públicos) ¡y las balas no llegaban al Ayuntamiento! ¡Se quedaban cortas! Tanto es así que una dió en el balcón del «killirikupe».

Estando enfrascados en esta conversación, tan apasionante para Don Manuel como para mí, me dió un codazo disimulado mientras me decía:

*Mira discretamente a ese individuo de atrás. Tiene todo el aspecto de ser un policía secreta.*

Mientras me ataba el cordón del zapato que no se me había soltado, vi que detrás de nosotros, recostado en un árbol del paseo, un individuo contemplaba enbelesado cómo se movían las hojas con el viento. Parecía que, como en las historietas gráficas, se le agrandaba una oreja para poder captar nuestra conversación.

Estábamos siendo estrechamente vigilados.

*¡Y lo peor es—añadió Don Manuel—que tiene toda la razón! En un banco de un paseo un joven, posiblemente revolucionario, y un posible anarquista vestido de cura ¡que llevan toda la tarde hablando de armamento!*

Pasaron muchos años sin volvernos a ver.

Cuando, esporádicamente, nos encontrábamos ya no me reconocía. Cuando me presentaba a él diciendo:

*«Soy el Cura Santa Cruz»,*

se le iluminaba la cara con una sonrisa y me decía:

*Si otro día no te conozco, recuérdame que eres el del Cura Santa Cruz.*

Don Manuel, siempre disponible para todo y para todos.

Don Manuel, una sonrisa...